

## La demolición permanente

Adriana Amante

Estamos (entramos) en un país en estado de demolición permanente. Todo lo conquistado, lo inajenable, lo irrenunciable, se derrumba. No: no es que se caiga por su propio peso, no. Se cae porque hay un régimen que pretende instaurarse sobre las ruinas (futuras) de todo lo que (hoy) existe.

El gobierno se ha declarado en estado de rebeldía y, lo que tal vez sea incluso más grave: en estado de indiferencia; indiferencia frente a las obligaciones que tiene que asumir como Estado.

Inacabable sería enumerar todos los frentes de ataque y destrucción que ha abierto (ni la pandemia –me permito creer– puso tan en jaque todo todo todo). Quizás sea suficiente con demorarnos en uno de esos frentes de ataque, porque vulnera un bien común que nos atraviesa constitutivamente: el de la educación pública que, como sabemos, es tanto un *derecho* de la ciudadanía como una *obligación* del Estado.

En su autobiografía, Jorge Luis Borges comentó:

“Mi padre [...] [u]na vez me dijo que me fijara bien en los soldados, en los uniformes, en los cuarteles, en las banderas, en las iglesias, en los sacerdotes y en las carnicerías, ya que todo eso iba a desaparecer y algún día podría contarles a mis hijos que había visto esas cosas. Hasta ahora, desgraciadamente, no se ha cumplido la profecía”.<sup>1</sup>

La profecía fallida, no obstante, se renueva recargada, ya no como el vaticinio de un librepensador, como se declaraba el padre de Borges, sino como en las películas

---

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges, *Autobiografía*, Buenos Aires, El Ateneo, 1999, p. 19.

de exterminadores implacables, y ha desviado sus objetivos para caer sobre el derecho que teníamos *y que todavía tenemos* a un Estado que garantice la educación gratuita, la investigación científica y humanística, la comunicación federal de noticias, el derecho a manifestarse en las calles o la promoción de las artes, y que también nos ampare ante la discriminación y la ofensa.

Así es como estamos (como hemos entrado) en estado de demolición permanente. Y si acaso podemos ignorar con qué nueva ocurrencia el presidente nos despertará mañana; lo que no hay modo de no saber es a qué herramientas podemos echar mano para frenarla. Y como el gobierno está enfermo, dan ganas de darle a probar –como quien dice– de su propia medicina, pero no como revancha, sino quizás como ejercicio de esclarecimiento.

Podríamos empezar por Alberdi.

Porque resulta revelador recordar lo que dijo Juan Bautista Alberdi, el autor de las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, que han sido parafraseadas en el intento de refundación y refundición del pacto nacional del nuevo gobierno con su *Ley de bases y puntos de partida para la libertad de los argentinos*. Quiero que recordemos –les decía– lo que Alberdi ha contado en sus memorias, cuando recupera su infancia en Tucumán:

“el general Belgrano hizo de mi padre su mejor amigo. Yo fui objeto de las caricias del general Belgrano en mi niñez, y más de una vez jugué con los cañoncitos que servían a los estudios académicos de sus oficiales en el tapiz de su salón de su casa de campo en la Ciudadela. Mi padre explicaba, en conferencias *privadas*, a los jóvenes de ese tiempo, los principios del *Contrato social* de Rousseau”.<sup>2</sup>

Y a continuación, Alberdi agrega algo fundamental, de lo que parecería que el presidente que ahora tenemos no ha alcanzado a anoticiarse:

“Después de aprender a leer y escribir en la escuela pública, que fundó Belgrano con sus sueldos personales, pasé a Buenos

---

<sup>2</sup> Juan Bautista Alberdi, *Mi vida privada que se pasa toda en la República Argentina*, en *Escritos póstumos. Memorias y documentos*, tomo XV, Buenos Aires, Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900, p. 269-270.

Aires como uno de los seis escolares que cada provincia envió al Colegio de Ciencias Morales [...]”; (se recordará que fue por pedido del gobierno de Rivadavia, bajo cuyo mandato se creó, además, la Universidad de Buenos Aires).

En la página final de las memorias de Alberdi, se agrega una carta en la que él enuncia –visiblemente agradecido– este contundente reconocimiento:

“Yo nunca he olvidado que soy el hijo de la Universidad de Buenos Aires” (p. 311).

No hace falta ser muy despierto para desprender de estas memorias una derivación lógica, que le permita al presidente que ahora tenemos obtener la prueba más palmaria, en la figura de Alberdi, a quien tanto dice que admira, del beneficio incuestionable que le produce a una nación el sostenimiento de las becas y de la educación pública.

Pero seguramente el actual presidente se sienta más atraído por postulados menos felices de Alberdi, que en el extremo del combate contra el fundamento conceptual de la instrucción rivadaviana, que supuestamente daba mayor preponderancia a las “ciencias morales y filosóficas” (a las que nos dedicamos, por cierto, fundamentalmente en nuestra facultad) por sobre las “ciencias prácticas y de aplicación”, llama Alberdi a concentrar todo el proyecto de instrucción en los “conocimientos de utilidad material e inmediata”.

Es una pena que Alberdi haya afirmado que “la industria” sea “el único medio de encaminar la juventud al orden”.<sup>3</sup> Justo él, Alberdi, que fue compositor de valses y tratados sobre música, que se propuso desarrollar un pensamiento filosófico, que despuntó su vicio como dramaturgo, que escribió prosas con evidente pulsión lírica y que hizo de *Julia o la nueva Eloísa*, de Rousseau, el centro de su formación estética y sentimental.

Quizás sea de estos postulados menos felices de Alberdi que se derivan algunas de las ideas del actual gobierno, que toma esos principios al pie de la letra para llevarlos al límite y por eso, en la apertura de sesiones ordinarias del Congreso

---

<sup>3</sup> Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, en Obras completas de J. B. Alberdi, Buenos Aires, Imprenta y Litografía de La Tribuna Nacional, 1886, tomo III, p. 419.

de la Nación, el presidente que tenemos ahora se atrevió a asociar sin más, como fórmula de necesidad y urgencia, la idea de “educación” al concepto de “capitalismo”, en su lucha desenfrenada contra las universidades y profesorado donde –recordaremos su perorata, como quien sigue en campaña política– “prolifera currículas educativas de izquierda, abiertamente anticapitalistas y antiliberales en un país en el cual lo que se necesita es más capitalismo y más libertad”.

¿Por qué no indagar, entonces, otras formas de asociación entre educación y capital? Probemos con Sarmiento ahora, quien –como se sabe– aunque contemporáneo absoluto de Carlos Marx, nunca pretendió combatir el capital, pero tuvo siempre claro el papel fundamental del Estado como responsable irrenunciable del sostenimiento de la educación, que debía ser esencialmente pública. Este es uno de sus razonamientos:

“Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos; pero la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la nación, hayan por la educación recibida en su infancia, preparádose suficientemente para desempeñar las funciones sociales a que serán llamados. El poder, la riqueza y la fuerza de una nación dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen; y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar estas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean”.<sup>4</sup>

Y si Sarmiento, como vemos, no desconocía tampoco la importancia de la instrucción práctica, encontraba instrumentos que podían combinar lo útil con lo estético, como sucede con el valor que les asignaba a la caligrafía y al dibujo como herramientas fundamentales para la formación de ciudadanos (no solo de los

---

<sup>4</sup> Domingo F. Sarmiento, *De la educación popular*, Santiago, Imprenta de Julio Belin y compañía, pp. 19-20.

varones, es necesario decirlo, sino también de las mujeres). Así es como se muestra convencido de que

“Un joven que nada posee sino una bella forma de letra, posee ya un capitalito”,

porque

“de la escritura viene el escribiente, el escribano, el escritor, el dependiente de comercio, el cajero, el secretario, el oficial de secretaría, el estenógrafo, el *attaché* de embajadas, y muchas otras ocupaciones, verdaderas puertas para entrar en la vida, y llegar hasta donde los otros talentos del individuo puedan conducirlo”.<sup>5</sup>

Es enternecedora la perspectiva de ennoblecimiento que encuentra Sarmiento en la buena letra (repito: “Un joven que nada posee sino una bella forma de letra, posee ya un capitalito”), y me interesa que reparemos, como comunidad de la Facultad de Filosofía y Letras, en que la buena caligrafía era considerada por él también como un instrumento que habilitaba al escritor.

Y a la escritora, claro. Como Juana Manso. Por eso, como jefe del Departamento General de Escuelas del Estado de Buenos Aires, Sarmiento (con la ayuda de otro liberal llamado Bartolomé Mitre) creó “una escuela de ambos sexos [...] para colocarla a ella [como directora], a fin de aprovechar de su conocida instrucción, y honrar en ella el talento; pues es la única mujer que se consagre a las letras”.<sup>6</sup>

Pero recordemos que estamos (que hemos entrado) en estado de demolición permanente. Y tal vez por eso el actual gobierno acaba con el salón de las mujeres de la Casa Rosada. Porque olvida o ataca –o le resultan completamente indiferentes– las acciones de cambio, de armado y de construcción que lideraron

---

<sup>5</sup> Domingo F. Sarmiento, “De la escritura” (*El Monitor de las escuelas primarias*, 15 de marzo de 1853), en *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo IV: *Ortografía, Instrucción pública 1841-1854*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1886, p. 428.

<sup>6</sup> Carta de Sarmiento a Mary Mann, Oscawana, 2 de julio de 1866, en “Cartas de Sarmiento. Educativas”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, IV, Buenos Aires, 1936, p. 106.

tantas mujeres. Mujeres como Juana Manso: poeta, publicista, dramaturga, música, traductora, conferencista, educadora.

Llegada Juana Manso a Buenos Aires de su destierro, Sarmiento inmediatamente se da cuenta de que está frente a la mujer indicada, que ella será clave para lograr nuevas, determinantes conquistas en educación.

Pero nunca nada de lo que emprendió le resultó fácil a Juana Manso. Porque a los padecimientos de su condición de desterrada, a los que se sumaron pronto los de su vida de mujer separada, madre de dos hijas y en constante zozobra económica, ya de regreso a su país se le agregan los sufrimientos como víctima del escarnio público. Porque, ardiente defensora y hacedora de la educación pública y gestora activa del sistema de bibliotecas públicas, a menudo las conferencias que brindaba para un auditorio femenino eran centro de los ataques más virulentos. De ahí que se preguntara, mortificada:

“¿Debo exponerme a que me echen vitriolo en los ojos o me dilapiden a cascotazos, porque les digo que hagan escuelas para educar los niños y fundo bibliotecas?”.

Y le cuenta además, por carta, a Sarmiento:

“Mi amigo D. Juan Bautista Cúneo me escribió [...] felicitándome por mis lecturas [...]; ¡no he tenido ánimo de contestarle! ¿Qué voy a decirle? ¿Que me echan asafétida en la ropa? [...]

Le diré que un populacho grosero soportando el frío venía a apiñarse a las ventanas para proferir obscenidades dirigidas a las damas que asistían a mis lecturas, porque se les hace delito en las mujeres hasta que deseen ilustrarse, y peor que delito es ridículo todavía en nuestro país que la mujer haga uso de su inteligencia; ¿voy a decirle esto también?”.<sup>7</sup>

Esta es una síntesis de los episodios que construyeron lo que Sarmiento llama el “martirio prolongado” de Juana Manso, que incluye las manifestaciones de violencia ante sus disertaciones tanto en Buenos Aires como en Chivilcoy.

---

<sup>7</sup> Juana Manso, “Bibliotecas populares” (carta a Domingo F. Sarmiento, Buenos Aires, 3 de mayo de 1867), en *Anales de la Educación Común*, Vol. IV, número 47, Buenos Aires, 31 de mayo de 1867, p. 306.

Y Sarmiento desafía al “compadrito” que se atrevió con ella en Buenos Aires,<sup>8</sup> denunciando que “un hombre que lleva el vestido de los pueblos cultos inutiliza el único vestido con que cuenta para salir a la calle, tal es su pobreza”.<sup>9</sup> Es que a la educadora Juana Manso le han tirado asafétida, esa resina gomosa amarillenta y nauseabunda que se usaba en la medicina como antiespasmódico, sí, pero también en la sociedad como ultraje.

Así que Sarmiento convierte la situación personal de Juana Manso en una causa del género, y así la politiza incluso más, al deducir que la asafétida o los cascotes no estaban dirigidos “a la escritora, a la *lectura*, a la educacionista”, sino lisa y llanamente a “la *mujer inteligente*”. ¿Por qué? Porque “una mujer pensadora es un escándalo”.<sup>10</sup>

Los cascotes (siempre que hay demolición, quedan piedras), la asafétida (siempre que hay demolición, vuelan gases), los agravios (siempre que hay demolición, llueven injurias) son la materialización de la ofensa, de la intolerancia, de la saña.

“Pero yo [ha dicho Juana Manso] que atravieso la vida como el mendigo de la Escritura, sola y desnuda: en falta de los millones que no poseo, haré de mi labor intelectual, la alquimia que nos dé los medios pecuniarios que necesita la construcción del Edificio para la Biblioteca”.<sup>11</sup>

Ella se refería a la biblioteca pública, popular, de Chivilcoy que se había propuesto levantar, pese a tantos obstáculos, en 1866 y 1867, cargándose al hombro su “tarea de Sísifo”, como ella misma decía: levantando cada vez la piedra que se cae.

---

<sup>8</sup> Carta de Sarmiento a Juana Manso (Lago Oscawana, 18 de julio de 1866), en *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XXIX: *Ambas Américas*, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, [1866 b]1899b

<sup>9</sup> Domingo F. Sarmiento, “Un desagravio” (*El Correo del Domingo*, Lago Oscawana, 17 de julio de 1866), en *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XXIX: *Ambas Américas*, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1899, p. 138.

<sup>10</sup> Domingo F. Sarmiento, “Derechos de las mujeres-Meetings-La libertad armada” (carta de Sarmiento a Juana Manso, Nueva York, 15 de octubre de 1867), en *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XXIX: *Ambas Américas*, Buenos Aires, Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1899, p. 217.

<sup>11</sup> Carta de Juana Manso a Manuel Villarino, 28 de noviembre de 1866, en *Anales de la Educación Común*, Vol. IV, número 42, Buenos Aires, 31 de diciembre de 1866, p. 144.

Repito lo que dijo Manso: “haré de mi labor intelectual, la alquimia que nos dé los medios” necesarios. Y como toda *alquimia* implica fuego, quizás no resulte impertinente sumar una sextina del final del *Martín Fierro*:

Mas Dios ha de permitir  
Que esto llegue a mejorar—  
Pero se ha de recordar  
Para hacer bien el trabajo,  
Que el fuego pa calentar  
Debe ir siempre por abajo.—<sup>12</sup>

“Que el fuego pa calentar/ Debe ir siempre por abajo.—”. Por abajo, por la base, por *las bases*.

Hoy se abre el nuevo calendario académico de cursada regular en nuestra Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

En cada curso repercutirán las decisiones políticas, económicas, sociales y culturales del gobierno; como siempre, pero más.

Haremos, entonces –como siempre, pero más–, todo lo posible para que cada contenido de cada curso *responda* también y *se oponga* a las gestiones políticas, económicas, sociales y culturales de un gobierno que fantasea un país *sin Estado*, *sin cosa pública*, *sin res publica*, para que no nos deje *sin república*.

Desde la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad –nacional, pública– de Buenos Aires, nos toca a nosotros, a nosotras, por abajo, desde las bases, nos toca –como a Juana Manso– seguir haciendo de nuestra labor intelectual, estética, crítica y creadora la *alquimia* que nos dé los medios que necesitamos con urgencia para preservar los cimientos, las bases verdaderamente sólidas del pacto social argentino que saquen pronto al país de este lamentable, inexplicable, injusto, insoportable, inconstitucional estado de demolición permanente.

---

<sup>12</sup> José Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Eudeba, Serie de los dos siglos, 2023, *La vuelta*, vv. 4835-4840.